

GÉNERO, TRABAJO Y TIEMPO EN LA ESFERA COMUNITARIA

Javiera Cubillos Almendra⁴

La pobreza de tiempo: una desigualdad de género poco conocida

Desde hace algunos años, el tiempo comienza a tener una importancia creciente en el estudio de las sociedades actuales; se busca entender cómo las personas lo usamos, sabiendo que la posibilidad de dedicarnos a las actividades que nos interesan es un indicador de bienestar subjetivo. Tal como se mide la pobreza material a través de ciertos índices (el rango de ingresos, el acceso a bienes y servicios, etc.), algo similar se hace con el tiempo. Estos esfuerzos nacen del reconocimiento de que también existe una pobreza que no tiene que ver necesariamente con los ingresos: la **pobreza de tiempo**.

Hay personas a las que un trabajo remunerado no les alcanza para vivir, por lo que tienen que buscar otros empleos, lo que resta tiempo para las relaciones afectivas, el ocio o el autocuidado. Estas personas, aunque tengan ingresos suficientes para “no ser pobres” en términos materiales, deben trabajar mucho más que 44 horas a la semana: son personas pobres de tiempo. Desde aquí, surge una reflexión conceptual respecto del porqué es importante medirlo.

El bienestar subjetivo es la percepción que uno tiene respecto a cómo se siente, si tiene una vida que le genera satisfacción o no. Dicho sea de paso, no es la única percepción subjetiva vinculada al bienestar que se mide: sucede por ejemplo con la felicidad, desde la psicología positiva, o con algunos componentes del concepto de Desarrollo Humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Sin ir más lejos, los informes 2012, 2015 y 2020 del PNUD fueron dedicados justamente al bienestar/malestar.

4 Académica de la Escuela de Sociología e investigadora del Centro de Estudios Urbano-Territoriales (CEUT) de la Universidad Católica del Maule.

Para evaluar el bienestar subjetivo y la pobreza de tiempo, a nivel internacional se utilizan las “Encuestas de Uso del Tiempo”, que buscan ser comparables en diferentes partes del mundo y que en Chile se aplicaron por primera vez en el año 2015. Esta medición trata de entender en qué ocupan el tiempo las personas y si existe desigualdad en su uso, ya sea en función de los roles de género, del territorio que se habita, de la edad u otros factores.

En 2021 y 2022, la Fundación SOL publicó informes que definían la **línea de la pobreza de tiempo** en 67,5 horas de trabajo semanal (una jornada y media legal en Chile), no solamente asalariado, sino también considerando el trabajo doméstico y de cuidados no remunerados. Es decir, cuando una persona trabaja más de 67,5 horas a la semana, de forma remunerada o no remunerada, se considera pobre.

La utilidad de este ejercicio es que permite visibilizar todas aquellas actividades que no necesariamente significan un ingreso económico o son monetizables; son actividades que los indicadores económicos y macroeconómicos no contabilizan, pero que resultan fundamentales para el desarrollo de la economía, porque permiten la reproducción de la vida. Los activismos comunitarios o políticos también podrían ser considerados en esta categoría. De hecho, las Encuestas de Uso de Tiempo (EUT) suelen integrar las actividades de voluntariado, que considera la militancia, la pertenencia a un/a colectivo/a, a una organización, etc.

Instrumentos como estos generan mayor precisión en el conocimiento de la importancia de los trabajos domésticos y de cuidado no remunerados. No obstante, cabe preguntarse si en todos los territorios existen similares dinámicas. Por ejemplo, lavar nuestra ropa, ducharnos, cuidar de niños, niñas o personas adultas mayores ¿implica el mismo uso de tiempo en centros urbanos que en localidades rurales? ¿Qué sucede si vivimos en un territorio donde no hay acceso a electricidad y agua potable? Todas esas tareas pueden demorarnos muy poco en la ciudad, pero muchas veces en un sector rural o en asentamientos urbanos informales depende de un camión aljibe, de un pozo u otra fuente de agua, que es mucho más demoroso. Estas diferenciaciones, que también responden a ciertas desigualdades sociales, pueden provocar que determinadas personas sean más pobres de tiempo.

En esta línea, cabe mencionar que la EUT que se aplicó en Chile en 2015 tiene representación a nivel nacional, por lo que se aplicó en todas las regiones, pero solamente en los principales centros urbanos. Entonces presenta una limitación, pues no da cuenta de las realidades de las personas que residen en sectores rurales. Hay encuestas en América Latina que sí hacen un esfuerzo por integrar las ruralidades, como es el caso de Bolivia, Perú, Ecuador, México y Paraguay.

Más allá de las limitaciones de aplicación, los resultados de la EUT 2015 en Chile (y a nivel internacional) muestran una fuerte desigualdad de género. Considerando la línea de pobreza de tiempo, que recordemos se sitúa en las 67,5 horas de trabajo semanal, el 53% de las mujeres encuestada es pobre, contra el 36% de los hombres: los trabajos domésticos y de cuidados influyen de manera importante en esta diferencia. Así, observamos que un factor de discriminación hacia las mujeres tiene que ver con la división sexual del trabajo y los roles de género. Muchas veces se piensa que sólo las mujeres que son madres —que cuidan de niños y niñas— son las que tienen mayor carga, pero cabe destacar que la desigualdad en los usos del tiempo se da incluso cuando las mujeres no tienen hijas/os. Una mujer que vive con otra persona, ya trabaja más que viviendo sola, por lo tanto, es más pobre de tiempo.

Las mujeres tienden a estar sobrecargadas también a nivel mental. En versiones anteriores de la Escuela de Formación Comunitaria, muchas han manifestado abiertamente que se sienten colapsadas, que el tiempo no les alcanza para todo lo que quieren hacer, y que muchas veces se acuestan pensando en todo lo que no pudieron realizar durante la jornada. Eso también afecta el bienestar integral a nivel subjetivo.

Asimismo, observamos que la diferencia en la carga de trabajo (remunerado o no remunerado), entre las mujeres y los hombres, se da a lo largo de todo el ciclo vital. Trabajando con adultas mayores nos hemos encontrado con la idea de que, a medida que se deja de criar, se dispondría de más tiempo, pues es cierto que en esa etapa se invierten muchas horas de dedicación. Sin embargo, cuando las mujeres terminan esa fase, existen otras labores de cuidados que empiezan a realizar. Por ejemplo, cuidar de nietas/os, padres, madres, parejas, pero también trabajar en las organizaciones de su territorio y asumir otros liderazgos. Si vamos a una comunidad —a un barrio, una población, una villa—, encontraremos que muchos grupos solidarios son sostenidos por mujeres, a veces mayores. Esos liderazgos son interesantes porque suelen ser distintos a los que tienen los hombres.

Con lo anterior, reforzamos que las mujeres, en general, tienden a hacer un trabajo —tanto en sus hogares como en sus comunidades— que no es remunerado ni valorado socialmente. Entonces, muchas veces ellas se sobrecargan con ciertas labores que para el resto de la sociedad pareciera que no existen. Eso impacta en la autopercepción de la contribución que hacen a su entorno y principalmente en la autoestima. Desde jóvenes aprendemos que ciertos trabajos no cuentan para la economía y que, por tanto, no cuentan para la sociedad. Sin embargo, el trabajo doméstico y de cuidado son fundamentales para la reproducción de la vida, de la sociedad misma. Dichos trabajos son la base para la reproducción del capital y el funcionamiento de la economía en general.

Roles de género y división sexual del trabajo

En la imagen N°1 podemos ver un conjunto de afirmaciones que reflejan creencias fuertemente arraigadas en la población, muchas de las cuales sustentan estereotipos de género y justifican la llamada división sexual del trabajo. Así, se asume que hay labores y conductas que son más adecuadas para los hombres y otras para las mujeres.

Imagen 1: Los roles de género



Fuente: elaboración propia

Como vemos, en términos generales, las mujeres suelen estar asociadas con el ámbito de lo reproductivo y el hombre con lo productivo. Por lo mismo, se asume que los segundos deben estar más volcados a lo público (a la visibilidad) y las primeras a lo doméstico, al hogar (lo que muchas veces permanece invisible). En este correlato, los hombres son asociados a la independencia (los logros y proezas personales) y las mujeres a la dependencia (algo subvalorado y muchas veces rechazado socialmente). Todas estas creencias van cimentando las bases para diferentes desigualdades de género. Ciertamente, estas son dicotomías que debiésemos seguir cuestionando, generando conciencia de esta situación en diferentes espacios sociales (la familia, el barrio, las escuelas, el trabajo, etc.). Es fundamental reflexionar colectivamente sobre esta distribución de tareas que se sigue reproduciendo injustamente.

Por otro lado, a propósito de las labores de cuidado, cabe cuestionar la idea de independencia promovida en sociedades como la nuestra, puesto que nadie es totalmente independiente. Como ha defendido el feminismo, todas/os vivimos en interdependencia. Durante nuestro ciclo vital siempre estamos en relación con otras personas, requerimos de su ayuda y cuidado, y en algunos momentos de nuestra vida esa necesidad de otras personas se agudiza. Por ejemplo, cuando nacemos, cuando se deteriora nuestra salud o cuando envejecemos. En este sentido, hablar de dependencia e independencia es una falsa dicotomía, dado que desde ópticas más complejas podemos reconocernos como seres interdependientes; como necesitamos de otras personas para nuestro bienestar, otras personas también necesitan de nosotras/os.

Trabajo productivo versus reproductivo

Para precisar algunos conceptos importantes en la discusión que estamos revisando, entenderemos por **trabajo productivo** aquellas actividades humanas que producen bienes o servicios y que tienen un valor de cambio. Por otro lado, el **trabajo reproductivo** se entenderá como el conjunto de actividades que tienen como propósito reproducir la vida y garantizar bienestar (alimentar, cuidar, limpiar, apoyar afectivamente, etc.).

El debate feminista ha buscado desmontar la dicotomía entre ambos, entendiendo que las labores domésticas y de cuidado también “producen” cosas y generan valor, no siempre monetizable. Con ello, se busca valorar y visibilizar socialmente los trabajos de cuidado o de reproducción de la vida. La frase “el capitalismo se sostiene por el trabajo doméstico” representa claramente esta idea. Para poder “salir a trabajar”, por ejemplo, necesitamos alimentarnos y contar con ropa limpia. Esas son labores primordiales —desarrolladas principalmente por las mujeres— que permiten a las personas dedicarse a un empleo asalariado. La imagen N°2 sobre el iceberg de la economía busca graficar esta idea.

Imagen 2: El iceberg de la economía feminista



Fuente: www.ecosfron.org

Como muestra la imagen, sobre el nivel del mar está todo aquello que pertenece al ámbito público, los trabajos remunerados y los productivos, el dinero, lo que es valorado y que reconocemos como importante para la sociedad. Bajo el agua, vemos una múltiple cantidad de actividades que contribuyen a sostener la vida, a reproducirla, y que son necesarias para el desarrollo de todo lo que está arriba. Sin embargo, no le damos el reconocimiento que merecen. Aquí podemos situar los trabajos reproductivos y de cuidado al interior de los hogares, pero también en las comunidades.

Mujeres y trabajo en la esfera comunitaria

Nos interesa reconocer que los trabajos de cuidado van más allá del hogar, y sobre todo en situaciones de crisis (económicas, políticas, sociales, sanitarias), de precariedad o marginación. Cuando hay poco dinero para “parar la olla”, como se dice popularmente, es cuando más se articulan los vínculos al exterior de los hogares, con las comunidades más próximas, ya sea territoriales, de amistad o de diferente tipo. Esto, porque permiten la contención, el apoyo, el acompañamiento, en esa lógica de interdependencia que mencionamos antes. También son tramas sociales que nos permiten reproducir la materialidad de la vida, al preparar una olla común, por ejemplo, hacer una colecta, recurrir a otras formas de intercambio, como el trueque o los favores, incluso.

Cuando se habla de trabajos de cuidado, se suele poner el acento en los que se dan en el espacio privado, en los hogares, pero la reproducción de la vida funciona de manera mucho más compleja. Reconocemos las iniciativas de autogestión que no solamente se retomaron por el estallido social del año 2019 o a propósito de la pandemia, sino que fueron fundamentales como espacios de encuentro en el periodo dictatorial. El régimen militar intervino las organizaciones comunitarias y las obstaculizó, pero las mujeres siguieron con su trabajo. A veces las agrupaciones no tenían personalidad jurídica ni contaban con una directiva, pues no respondían a la organización comunitaria clásica, pero sí trabajaban colectivizando labores de cuidado y apoyo mutuo que fueron fundamentales en momentos de crisis política.

Con estos ejemplos, lo que intentamos visibilizar son los vínculos que se dan entre los hogares y su entorno más cercano, formando entramados sociales que ponen en el centro la sostenibilidad de la vida. Siguiendo la metáfora del iceberg, lo que vemos sobre el nivel del mar suele ser la organización comunitaria clásica —la Junta de vecinos, el club deportivo, los clubes de adultos mayores, etc.—, pero bajo del agua podemos visualizar una compleja trama de relaciones, interacciones e intercambios que son fundamentales para que las organizaciones formalizadas tengan sustento y puedan existir. Esto es lo que nos interesa reforzar; hay múltiples interacciones que muchas veces quedan invisibilizadas (favores entre vecinos y vecinas, iniciativas de apoyo ante la pérdida de un ser querido o colectas) y que permiten generar sentido de pertenencia a una comunidad, seguridad y apoyo.

Desde el prisma de la pobreza de tiempo, que revisamos anteriormente, todas esas actividades voluntarias, que exceden las iniciativas organizadas, suelen permanecer invisibilizadas —y por tanto subvaloradas— al interior de las mismas organizaciones y las comunidades. Un ejemplo de esto podría ser la limpieza de la sede vecinal, la organización del café (o el mate), el orden de un espacio físico, entre otras cosas. Son acciones fundamentales que, de no realizarse, dificultarían —o incluso impedirían— la interacción en una reunión o en una asamblea. En un plano más emocional, podemos situar aquellas actividades como la preocupación por los integrantes de una organización o de personas cercanas (vecinas, amigas), saber si están bien, apoyar a quienes están enfermos o enfrentan alguna dificultad. Todo esto forma parte de lo que reconocemos como trabajos de cuidados que exceden el hogar y que son fundamentales para que puedan generarse dinámicas de reciprocidad y organización políticas. Asimismo, estas acciones implican tiempo y dedicación, generan desgaste —sobre todo emocional— y son realizadas principalmente por mujeres.

Últimas reflexiones

Para concluir, queremos reforzar la idea de que las interacciones entre lo doméstico y lo comunitario son importantes. Estos vínculos se construyen principalmente con la intención de reproducir la vida y generan cuidados, contención, acompañamiento, aportando a la vida individual pero también a la colectiva. Por tanto, son fundamentales para el funcionamiento de la economía, de la política y de la sociedad en su conjunto. Son vínculos que nos unen y producen lo común, generan bienes tangibles (alimento, ollas comunes) e intangibles (relaciones, cuidado, seguridad, pertenencia, acompañamiento), aunque la visión hegemónica de la economía no nos permita percibirlo ni valorarlo. Asimismo, queremos reconocer el rol fundamental que han tenido las mujeres en la creación de espacios comunitarios y la sobrecarga que esto ha implicado a través de la historia. Una sobrecarga laboral que se traduce en pobreza de tiempo y en desgaste físico y emocional, producto de ser un trabajo que muchas veces no es reconocido ni retribuido.